

# EL AMOR APOSTÓLICO

17 Febrero 1977 - Carta - Roma

*Visita a Asia - Oceanía. - El amor a los hombres. - La defensa de los derechos humanos.*

*L.J.C. et M. I.*

## **Visita a Asia-Oceanía**

El 10 de enero regresé de Asia. Un largo viaje de casi dos meses, que me permitió conocer otro sector de la Congregación: Tailandia, Japón, Hong Kong, Filipinas, Australia, Nueva Zelanda e Indonesia. No voy a hablaros de cada uno de esos países, pero quisiera compartir con vosotros algunos hechos y actitudes que durante esa visita me han impresionado más y me han ayudado a comprender mejor la vocación misionera.

## **El amor a los hombres**

En el corazón de esta vocación está el amor a los hombres, sobre todo a los más pobres, un amor sencillo, evangélico, inventivo. Este amor está hecho de presencia, de respeto, de bondad, de entrega. Para que el Evangelio sea aceptado, hay que empezar por amar, como amó Cristo, y saber hacerse amar.

Por dondequiera que he ido, me ha parecido que los oblatos están cerca de la gente y la aman sinceramente y son amados por ella. En uno de esos países oí a un extranjero, empleado del gobierno, confesar: “Yo no soy capaz de amar a esta gente”. Si esto lo hubiera oído de un oblatos, me habría sentido consternado.

Según las circunstancias, el amor de los oblatos se expresa en formas variadas: enseñanza del inglés y organización de “kindergartens” (Japón), responsabilidades universitarias y proyectos de viviendas (Filipinas), encuentros de matrimonios y retiros especializados (Australia), compartir la vida con los intrusos (Bagong Barrio, Filipinas), organización de comidas para los más pobres (Fremantle, Australia), promoción de la cría de cabras y de patos (Indonesia)... sin hablar de la presencia oblata en los medios de comunicación, o entre los prisioneros, o en las parroquias y colegios o en el ministerio ordinario. Es una obra muy variada, y se aguanta, aunque haya pocas conversiones, como en Japón, y aunque los peligros sean a veces reales, como en el sur de Filipinas. Después de los terremotos y de la guerra civil, no ha cundido el desaliento; se ha reanudado el trabajo y se construye de nuevo.

En algunas de esas misiones, se percibe una notable vitalidad que nos orea como una bocanada de aire fresco. A veces me daban ganas de decirme: Los que están sin esperanza en algunas viejas provincias harían bien en ver estas cosas y comprobar que hay todavía aquí jóvenes que se interesan por nosotros y nuestras obras.

En sus manifestaciones, el amor apostólico es flexible, muy libre. Responde a la necesidad precisa, a la llamada concreta que se hace oír hoy. Tiene su fuente en Jesucristo. Es la mirada de Cristo sobre el mundo y su amor al mundo. Y tiende a Jesucristo: a hacer que Jesucristo sea conocido y amado, por el testimonio de las obras y de la vida y hasta el anuncio explícito de la salvación en Jesucristo, a través de la liberación del hombre tal como él mismo la anunció y realizó.

Lo que más puede perjudicar ese amor, lo he advertido también, es la división entre nosotros. Con eso, si no se tiene cuidado, se paraliza una misión y se quiebra todo entusiasmo apostólico. El testamento de nuestro Fundador. “Entre vosotros, la caridad, la caridad, la caridad, y afuera el celo por la salvación de las almas”, conserva íntegra su actualidad. Lo uno no va sin lo otro. La caridad entre nosotros que no estuviera abierta al mundo de los pobres, no sería caridad oblata, y el celo que no se apoyara en una aceptación verdadera y en el amor mutuo entre oblatos, quedaría vacío: su testimonio carecería de fuerza.

## **La defensa de los derechos humanos**

En Yakarta, la víspera de mi partida fui testigo de esto. Unos cuarenta fugitivos de Vietnam acababan

de llegar al puerto, tras 15 o 17 días en el mar, en pequeñas embarcaciones y en unas condiciones de extrema miseria y privaciones. Indonesia no les permitía desembarcar y rehusaba acogerlos. Un Padre de Maryknoll y otras personas trataban de abastecerlos y de obtenerles refugio en diversos países. Australia y Estados Unidos, al parecer, estaban dispuestos a acogerlos. Esa es la suerte que hoy toca a algunos millares de personas en el mar de China. Y eso no es más que un botón de muestra de lo que sucede a cientos de miles de seres humanos en diversas partes del mundo.

En muchos países donde trabajan los oblatos se plantean serios problemas de justicia social. El Consejo general, en sesión plenaria, ha iniciado el estudio de esta cuestión. ¿Qué lugar debe ocupar en nuestra vocación la actividad por la promoción de la justicia? Es cierto que hoy día ningún oblatos puede quedar indiferente ante este problema. El afán de un mundo más justo debe estar siempre presente en su ministerio como en su vida.

Ciertos oblatos se dan más a esa promoción de la justicia por medio de compromisos directos. Tendrán a veces la impresión de ser considerados como “marginados”, como “casos especiales”... No lo son, muy al contrario, pero - ellos también lo saben - ese trabajo directo por la promoción de la justicia es difícil, delicado. Afecta públicamente a personas e instituciones, irrita con frecuencia a mucha gente. Pide a la vez prudencia y valentía. Observo esto: habitualmente se exige mucho más al apóstol por la justicia que a cualquier otro apóstol, se le quiere perfectamente equilibrado y ejemplar en todo. Sin duda, porque su acción es más avanzada y resulta más molesta, uno se muestra más severo con ellos, demasiado severo. Es tal vez una salvaguardia, pero es también una cruz, la cruz del “profeta” que encierra siempre una parte de soledad. El que es llamado a ello por el Señor, debe aceptar llevarla, pero también los otros deben evitar, en lo posible, aumentar su peso sin razón.

Más tarde, a medida que prosiga nuestra reflexión, tendré ocasión de volver sobre el tema. De momento retengamos esto: es imposible tener como fin la evangelización de los pobres sin preocuparse del problema de la justicia.

Pronto vamos a emprender la subida hacia la Pascua. Nuestras Constituciones nos recuerdan que somos “los cooperadores de Cristo Salvador en su misterio pascual” (art. 7) y nos piden que “llevemos en nosotros el estado de muerte de Jesús a fin de que la vida de Jesús opere en nosotros” (art. 14).

Al par que os deseo Felices Pascuas, os digo: ¡Ojala viváis íntegramente este misterio y seáis en todas partes fieles testigos del mismo!